ZHEN HUN

EL GUARDIÁN DE ALMAS

1

Published originally under the title of «镇魂» (Zhen Hun)
Author © Priest
Spanish edition rights under license granted by © 北京晋江原创网络科技有限公司
(Beijing Jinjiang Original Network Technology Co., Ltd.)

Ilustraciones cedidas bajo licencia por Seven Seas Entertainment, Inc.
Ilustraciones de cubierta e interiores de © Marmaladica
Ilustraciones interiores a color: © Marmaladica y © Sara Onzzes
Cover and interior illustrations © 2023 Seven Seas Entertainment, Inc.

Spanish edition copyright © 2025 NORMA EDITORIAL S.A.
Spanish edition arranged through JS Agency Co., Ltd, Taiwan
All rights reserved

Publicación de Norma Editorial, 2025
Norma Editorial, S.A. Passeig de Sant Joan, 7, principal.
08010 Barcelona. Tel.:933036820
E-mail: norma@normaeditorial.com

Traducción: Ignasi Saura Molero
Corrección: Estela Gómez y Loreto Cabaleiro
Edición externa: Red Cameo
Diseño gráfico: Cuadratín Estudio y Martín Garcés

ISBN Edición especial: 978-84-679-7896-4
ISBN Edición regular: 978-84-679-7895-7
DL Edición especial: B 15796-2025
DL Edición regular: B 15794-2025
Printed in the EU

priest

ZHEN HUN

EL GUARDIÁN DE ALMAS

1

Ilustrado por

Marmaladica

Traducción de

Ignasi Saura Molero

NORMA Editorial

PRÓLOGO

Calle Guangming, número 4

Era el día quince del séptimo mes según el calendario lunar[1] y aún no había amanecido. Búhos, de todos los tamaños, ya estaban de vuelta en sus nidos. Incluso la bulliciosa avenida Longcheng se había quedado desierta. Tan solo el ocasional e intermitente chirriar de los insectos escondidos entre los arbustos rompía el silencio de forma inquietante.

A las dos y media de la madrugada, el ambiente se tornó húmedo y cubrió la ciudad de una ligera capa de rocío. Quizá por efecto del viento, cuando uno recorre las calles a esas horas siempre parece haber una sombra acechando en cada esquina, unos ojos invisibles clavados en la espalda que nos siguen allá donde vayamos.

Era a esas horas cuando Guo Changcheng se dirigía a la calle Guangming, número 4 llevando consigo su carta de notificación.

[1] Día del Festival de los Fantasmas. Ocasión para honrar a los antepasados, expresar gratitud y realizar actos de piedad filial. Se les suele encender velas e incienso, ofrecer comida, papel moneda y otros objetos simbólicos. *(Todas las notas de esta novela son N. de T.).*

Guo Changcheng había perdido a sus padres siendo niño y fue criado por unos parientes lejanos. No era una persona demasiado agraciada ni disponía de brillantes aptitudes académicas, a duras penas consiguió graduarse en una universidad de poca monta. Era de carácter reservado y su timidez rozaba la cobardía. Tras titularse, no logró encontrar trabajo y pasó más de medio año encerrado en casa, sin oficio ni beneficio. Hasta que un día, su tío fue ascendido a un alto cargo en el Ministerio de Seguridad Pública, y este decidió usar su influencia para conseguirle un trabajo sin demasiadas exigencias. Así su sobrino, que no valía ni para aguantar una pared, estaría ocupado.

Guo Changcheng pensó que su vida sería tranquila y predecible a partir de entonces. Enquistado en una recepción con su uniforme y su cómodo horario de oficina de nueve a cinco, preparando té, saludando al que llegara y despidiéndose del que se fuera. Hasta el día que recibió la misiva de reclutamiento, esa carta era de lo más extraña. Al principio, pensó que se trataba de un error, pero el mensaje escrito en rojo era inequívoco:

> Camarada Guo Changcheng:
>
> Lo felicitamos por haber sido seleccionado para formar parte de nuestra unidad. En este puesto disfrutará de los beneficios correspondientes a un funcionario del Estado, y asumirá la gran responsabilidad de servir al pueblo. Esperamos que, de ahora en adelante, desempeñe su nueva labor con dedicación, entusiasmo y espíritu de superación; que se entregue a los líderes de

la organización, colabore con sus compañeros y contribuya a la estabilidad social y la prosperidad nacional.

Le rogamos que se presente puntualmente el día 31 de agosto (día 15 del séptimo mes según el calendario lunar), a las 2:30 de la madrugada en nuestra sede ubicada en la planta baja de la calle Guangming, número 4, Departamento de Recursos Humanos y Logística. Traiga consigo su documento de identidad y esta carta de notificación.

En nombre de todos los miembros de nuestra unidad, le damos la más cálida de las bienvenidas.

Departamento de Investigaciones Especiales
del Ministerio de Seguridad Pública
de la República Popular China
A XX de XX de XXXX.

Cualquier persona sensata, al leer esa insólita hora de convocatoria, habría llamado para confirmar que no se trataba de un error. Pero Guo Changcheng tenía serios problemas de interacción social que, agravados tras meses aislado en casa, habían hecho que desarrollara fobia a hablar por teléfono. Tan solo pensar en tener que llamar le causaba tal ansiedad que no podía pegar ojo en toda la noche. Así que rehuyó la cuestión hasta que llegó la medianoche del 30 de agosto.

El «plan maestro» de Guo Changcheng era trasnochar y personarse a las 2:30 de la madrugada; en caso de que no hubiera nadie, iría a un McDonald's y se las apañaría para echar una cabezada.

Entonces, volvería a probar a las 2:30 de la tarde, al fin y al cabo, una de las dos horas sería la correcta.

A medianoche el transporte público de la ciudad dejaba de funcionar, por lo que tuvo tomarse la molestia de ir en coche. Finalmente, con ayuda del navegador, llegó al lugar indicado.

El número 4 de la calle Guangming no estaba a plena vista, sino que se encontraba escondido en un recinto de la propia vía. Guo Changcheng estuvo un buen rato escudriñando el lugar con la luz de su móvil hasta encontrar la pequeña placa numerada que se encontraba oculta bajo la frondosa hojarasca de una hiedra. Bajo el número de la puerta podía leerse una inscripción grabada en piedra: «Departamento de Investigaciones Especiales», acompañada del emblema de la policía.

El patio era una zona verde con la vegetación muy bien cuidada. En la entrada había plazas de aparcamiento, y más adelante, se levantaba una fila de exuberantes acacias de frondosas ramas que casi formaban un pequeño bosque. Guo Changcheng avanzó por un estrecho sendero y finalmente divisó lo que parecía ser la recepción de un pequeño edificio.

Para su sorpresa, había alguien dentro y la luz estaba encendida. A través de la ventana, Guo Changcheng vislumbró la figura de un hombre uniformado y con una gorra de plato. Sostenía un periódico que hojeaba de vez en cuando. Guo respiró hondo. Estaba tan

录用通知书

nervioso que las manos no le dejaban de sudar. Su mente se había quedado en blanco y ni siquiera se planteó qué hacía todavía ahí el portero a esas horas.

«Vengo por la oferta de trabajo, esta es mi notificación… Vengo por la oferta de trabajo, esta es mi notificación… Vengo por la oferta de trabajo, esta es mi notificación…». Guo Changcheng practicó su frase cual actor ensayando su guion, como un niño recitando la lección. Repitió la frase una y otra vez hasta que, armándose de valor, se acercó y, con manos temblorosas, golpeó suavemente el cristal de la recepción. Antes siquiera de que el portero levantase la cabeza, dio cuenta de su ensayo.

—Vengo por la notificación de trabajo… esta es mi oferta… —susurró con un débil hilo de voz, como si fueran las últimas palabras de un moribundo.

—¿Eh? —El hombre de mediana edad dejó el periódico y lo miró con extrañeza.

Y aun así, aun habiendo ensayado decenas de veces, había dicho mal la frase. El rostro de Guo Changcheng se puso rojo como un boniato, y deseaba que se lo tragara la tierra. Por suerte, el hombre se fijó enseguida en la carta que llevaba en la mano y lo comprendió.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Eres el nuevo recluta, ¿verdad?! Hacía años que no teníamos a alguien nuevo por aquí. ¿Cómo te apellidas? ¡Ah, ya lo veo! Guo. ¿Cómo estás? ¿Te ha costado mucho encontrar este sitio?

Guo Changcheng suspiró aliviado. Le gustaban las personas que rezumaban entusiasmo y simpatía, una vez que los parlanchines abrían el pico, él solo tenía que asentir o negar con la cabeza, y ya no era necesario que se preocupara por encontrar las palabras adecuadas.

—¿Sabes? Es una suerte que justo hayas venido hoy, el jefe también está por aquí. Vamos, que te lo presento.

Al escuchar esto, a Guo Changcheng se le puso la carne de gallina. De suerte nada, más bien notó como si una nebulosa se formara sobre su cabeza.

Guo Changcheng siempre había sentido un miedo irracional hacia cualquier figura de autoridad. Si veía a un profesor, las piernas se le entumecían; para evitar al director, era capaz de dar un rodeo tan enorme como fuera necesario. Aunque era un ciudadano ejemplar, cada vez que veía un miembro de la policía armada haciendo guardia el Día Nacional, parecía un ratoncito topándose con un gato, lo que hacía que aún lo miraran con más sospecha.

«¿Conocer al jefe?», pensó. «Preferiría conocer a un fantasma».

Cuando Guo oyó el compás de unos pasos acercándose, un sudor frío le bajó por la espalda. Entonces, un hombre joven entró desde el recinto de la calle Guangming, número 4. Sus pasos eran firmes y seguros, llevaba un cigarro entre los labios y una de las manos metida en el bolsillo del pantalón. Su porte era impecable, alto y con la espalda erguida; los ojos profundos, las cejas definidas y la nariz afilada. Era un hombre muy atractivo. Sin embargo, su expresión era sombría.

Caminaba con agilidad, pero con el ceño fruncido y una señal de advertencia definida con claridad en su rostro: «No te interpongas en mi camino, no molestes».

Por desgracia, Guo Changcheng cruzó su mirada con la de aquel hombre. Las pupilas oscuras y penetrantes le dieron tal escalofrío que no pudo evitar sobresaltarse y un extraño instinto afloró: «aquel

atractivo hombre debía de tener muy mal genio». Sin embargo, el apuesto y malhumorado hombre frenó en seco al verlo y, con una asombrosa naturalidad, su semblante cambió en un instante pasando de fulgurar rayos y centellas a irradiar la calidez del sol en un día despejado. Esbozó una sonrisa amable que revelaba dos hoyuelos en sendas mejillas. Con el cigarro aún colgando de la comisura de sus labios, entornó los ojos y arqueó las cejas en la justa medida entre la picardía y la afabilidad.

—Mira tú por dónde, hablando del rey de Roma, por la puerta asoma. Ven, joven. Te presento al jefe —bromeó el portero mientras empujaba ligeramente a Guo Changcheng desde detrás, obligándolo a dar un paso al frente—. ¡Jefe Zhao! Aquí tienes a nuestro nuevo compañero.

—Hola, bienvenido. —Zhao le tendió la mano amigablemente.

Guo Changcheng, medio paralizado, se secó el sudor de la palma en los pantalones. Luego, perdiendo la poca dignidad que le quedaba, extendió la mano equivocada y, al darse cuenta, la retiró rápidamente, como si hubiera metido los dedos en un enchufe. Tenía las axilas de su camisa de manga corta empapadas en sudor, y la mancha de transpiración de su espalda había dibujado de forma caprichosa lo que pareciera un nuevo mapamundi.

Zhao no le puso las cosas difíciles y le dio unas palmadas en el hombro a Guo Changcheng como si no hubiera pasado nada. Luego, soltó un discurso para la ocasión.

—No te pongas nervioso, aquí todos hacemos piña —dijo de forma calmada—. Tendrás que disculparme, lo normal sería que el primer día te acompañara para que conocieras al resto, pero ya

ves, hoy es un día un poco peculiar y vamos a tope. No te lo tomes a mal, no es que te hagamos el vacío ni cosas raras. Más adelante organizaremos una comida de bienvenida, ¿vale? Pero es que esta noche… ¿qué te parece si te dejo a cargo de Wu y entráis a buscar a Wang Zheng? Ella es la encargada de personal y logística, que te gestione el papeleo de ingreso y luego te vas a descansar. Mañana por la mañana temprano vuelves y te informamos de todo con más calma, ¿te parece bien?

Guo Changcheng no pudo más que asentir con premura. Aunque el director Zhao iba lanzado como un cohete hacía unos instantes, ahora las palabras brotaban de su boca como el agua de un manantial. Era imposible que quien lo oyera se sintiera de alguna forma ninguneado, sin duda tenía una habilidad excepcional para tratar con las personas.

—Perdona, tengo un asunto urgente que atender —añadió con una sonrisa amable—. Si necesitas cualquier cosa, házmelo saber, que no te dé apuro. Al fin y al cabo, ahora formas parte de este equipo. ¡Ánimo! Hoy debe de haber sido un día muy largo.

Esgrimió otro gesto de disculpa y salió apresurado tras despedirse de Wu, el cual parecía ser un fiel y acérrimo seguidor del director Zhao. Aunque la charla no le concernía en absoluto, el viejo Wu escuchó con los ojos como platos y una sonrisa grande como una enorme tajada de calabaza. Mientras acompañaba a Guo Changcheng hacia el edificio de oficinas, empezó a parlotear sin parar.

—Ay… Nuestro jefe Zhao, fíjate, tan joven, con tanto talento, además de que tiene un carácter estupendo; y encima es modesto, nunca se las da de importante cuando trata con la gente.

Guo Changcheng todavía no se había recuperado del estado de ansiedad y pánico provocado por haber conocido a un alto cargo, y apenas prestaba atención a la verborrea del portero. Tan solo escuchaba y asentía como un autómata. Y fue precisamente la incapacidad de Guo Changcheng de mirar a la gente a la cara lo que hizo que no se fijara en que, bajo la tenue luz de la estancia, su acompañante tenía la piel pálida como la nieve, los labios rojos como la sangre, y las comisuras de los labios le iban de oreja a oreja haciendo que cualquiera, menos Guo Changcheng, pudiera advertir que Wu no tenía lengua.

En el edificio de oficinas había un constante devenir de personas que parecían estar gestionando una inusual cantidad de tareas. Fue entonces cuando Guo Changcheng, recobrando poco a poco la lucidez, empezó a reparar en algo extraño. Por muy urgente que fuera la cuestión, ¿qué lógica tenía tener a todo el personal de recepción y de Recursos Humanos haciendo horas extra hasta las tantas de la madrugada?

—No te hagas la idea equivocada de esto, Guo —comentó Wu con aire tranquilo—. En el futuro, lo normal es que hagas el turno de día mientras no haya casos importantes. Solo son unos días de la séptima luna los que se trabaja día y noche sin descanso, el resto del año esto está muy tranquilo. Además, merece la pena, las horas extra se pagan el triple, y el bono mensual también se duplica.

Guo Changcheng estaba perplejo. «¿Qué tendría que ver la séptima luna? Ni que los delincuentes hicieran seminarios anuales acorde

al calendario lunar para intercambiar experiencias. ¿Por qué estaban tan ocupados justo en esta época?». Sin embargo, por temor a hacer el ridículo, no se atrevió a preguntar, solo asintió con un somero «ajá».

—Yo suelo estar de guardia por la noche —prosiguió Wu—. Durante el día hay otra persona en recepción, así que no creo que coincidamos mucho. Y es una pena, mira que me gusta estar con gente joven como tú. Acabas de graduarte, ¿no? ¿En qué universidad? ¿Qué has estudiado?

Con un débil hilo de voz, Guo Changcheng dio cuenta de sus desdeñables resultados académicos.

—Es que no soy muy bueno estudiando… —añadió.

—¡Pero qué dices! ¡Si eres universitario! —respondió Wu con entusiasmo—. Me encanta que los jóvenes tengáis cultura. Yo no pude estudiar, vengo de una familia pobre y solo fui un par de años al colegio privado del pueblo, tenía siete u ocho años. Pero ya ha pasado tanto tiempo que no me acuerdo de casi nada, a duras penas reconozco los caracteres chinos necesarios para leer el periódico.

«¿Un colegio privado en esta época? Pero si casi toda la educación es pública», pensó Guo Changcheng desconcertado. Sin embargo, de nuevo la vergüenza a parecer tonto se apoderó de él y le impidió preguntar.

—¡Ya hemos llegado! —anunció el viejo Wu con su enorme boca abierta de lado a lado.

Guo levantó la vista y vio un letrero en la puerta que decía «Recursos Humanos y Logística». Las cuatro palabras estaban escritas en rojo sobre fondo blanco. Sin embargo, esas letras color carmín oxidado tenían algo extraño, no sabía el qué. Luego las observó con

detenimiento, y casi le da un vuelco el corazón ante la sospecha de que habían sido escritas con sangre.

El viejo Wu llamó a la puerta.

—¿Wang? Traigo a un compañero para que se incorpore al equipo. ¿Podrías hacernos el papeleo?

—Sí, enseguida voy —respondió, tras un breve silencio, una voz femenina suave como un susurro.

La voz parecía lejana, como si hubiera llegado flotando hasta sus oídos. Guo Changcheng notó un escalofrío que le heló la nuca.

—Perdón por las molestias, Guo. —Wu no pareció notar nada especial y siguió hablando—. Sé que es un fastidio para ti venir a estas horas, pero no queda otra. Tanto Wang como yo solo podemos trabajar de noche, así que todos los trámites de ingreso tienen que hacerse a estas horas.

«Espera un segundo… ¿Cómo es que solo pueden trabajar de noche? ¿Qué pasa durante el día?». Se le erizaron todos y cada uno de los poros de su piel y un sudor frío como un témpano de hielo bajó por su espalda. Tras reunir el valor suficiente, escudriñó turbado a los empleados que pasaban de forma apresurada a su alrededor. En ese momento, sin ningún género de dudas, pudo ver como una persona uniformada pasaba levitando junto a él, flotaba de aquí para allá sin pies.

Las bisagras de la puerta rechinaron, y esta se abrió con un estridente chirrido. Del umbral surgió una joven vestida con un delicado e impecable vestido blanco.

—¿Traes la carta de notificación y tu documento de identidad? —dijo la joven con voz etérea y escalofriante.

Un aire glaciar emergió de la puerta de la oficina. El corazón de Guo dio tal vuelco que por poco se le detiene. Con la respiración cortada, Guo levantó la mirada poco a poco recorriendo el vestido inmaculado de la joven hasta detenerse en su cuello desnudo. Lo que vio le hizo un nudo en la garganta y no pudo emitir más que un sonido gutural con la boca entreabierta. Con los ojos a punto de salir de sus órbitas, dio un paso hacia atrás.

Alrededor del cuello de la joven había una línea roja. No era una joya ni un adorno, sino una hilera de fuertes puntadas adheridas a la piel que le mantenían cosida la cabeza al resto del cuerpo.

La mano helada de Wu se posó sobre su hombro.

—¿Qué te pasa, Guo? ¿Te encuentras bien?

Guo Changcheng se giró de golpe y se topó con el rostro pálido como la cera de Wu, y observó su boca abierta hasta las orejas que mostraba una enorme y sangrienta sonrisa.

Esa noche, Guo Changcheng había pensado que conocer al director era peor que encontrarse con un fantasma. Ahora se daba cuenta de que el destino le había concedido ambas fortunas.

Su tío, en efecto, le había conseguido un trabajo que recordaría el resto de sus días.